

those who meditate in these spaces improve their performance as well as their health, respectively. Reasoning that can be applied to other areas.

This book review ends, if it is allowed, encouraging the authors to continue with the excellent research work that they have been developing over the years, not only concerning this theme, but also concerning others, in particular, concerning to emotional intelligence, another crucial topic that, without a doubt, also allows not only a better human development, but also the creation of a more harmonious society.  
– EUGENIO LOPES (lopes\_eugenio@hotmail.com)

FINKIELKRAUT, A., *En primera persona*. Fernando Montesinos Pons (trad.), Encuentro, Salamanca 2020, 102 págs.

Alain Finkelkraut es hijo de un judío deportado a Auschwitz, es francés y es admirador declarado del pensamiento de Hannah Arendt y Emmanuel Lévinas. [Tres puntos bastan para definir una recta]. En su Francia natal Finkelkraut ha recibido insultos antisemitas y acusaciones de racismo. [Una recta y un punto exterior a ella bastan para definir un plano].

Si Alain Finkelkraut es pensador y ensayista, lo es porque piensa y porque ensaya, no por haber comprado un paquete ideológico cerrado. [De la asfixiante *Planilandia* a la oxigenada tridimensionalidad]. Finkelkraut ironiza sobre las fortísimas críticas recibidas: «En mí entablan disputa la incompetencia y la insensibilidad» (p. 70). Parte de la impopularidad de Finkelkraut se debe a que defiende el derecho de Israel a existir y se niega a colocarlo «bajo el estandarte racista, incluso nazi» (p. 36). Quién iba a creer después de Auschwitz —se pregunta— que «el odio a Israel llegaría a bordar la cruz gamada en el pecho de los judíos» (p. 41). Finkelkraut ha sido crítico con declaraciones de artistas tan populares como Jean Luc Godard, José Saramago y Luis Sepúlveda que nazificaban la política israelí.

A pesar de que Finkelkraut ha criticado la política de Netanyahu y los

asentamientos en Cisjordania, cuenta con enemigos propalestinos. La ira de los propios judíos se la ha ganado por alertar sobre el peligro que acecha a quienes, como él, descienden de víctimas de los campos de trabajo y exterminio nazis, y cito un pasaje en el que dialoga consigo mismo: «Creando asumir tu ser lo conviertes en un espectáculo, hablas mucho y haces poco, te apropias para poner pimienta en tu vida diaria de una tragedia que ya no es la tuya. Pretendes llegar a la verdad y vives en la mentira. Te envuelves en la persecución y no hay nada que altere la tranquilidad de tu existencia. Aunque reivindiques tu parte de sufrimiento, te das la gran vida. Tienes que rendirte de una vez por todas: tu destino es el confort. La memoria que te ordena no flaquear y hacer frente a la amenaza te protege, muy felizmente, de la pesadilla con que sueñas. Quieres enfrentarte a los antisemitas. Despiértate. (...) ¿Tú un proscrito? No (...) Cuanto más auténtico te pretendes, más se conviene el adjetivo “histriónico” a tu comportamiento» (p. 21).

Este es el pulmón de «La interminable cuestión judía», el ensayo central del libro, así como el más extenso y el más polémico. Todo un acto de desenmascaramiento de quienes se apropian del sufrimiento ajeno, incluso cuando se trata del sufrimiento de sus ancestros, porque «entre el deportado y el hijo del deportado había un abismo infranqueable. No se lleva el pijama a rayas ni la estrella amarilla de una generación a otra. El testigo no pasa el testigo, deja un vacío» (p. 22). Desde la experiencia propia que da título al libro, Finkelkraut no duda en tildar de comedia su indomable autenticidad, fenómeno que ya Tzvetan Todorov había descrito como «abuso de la memoria» en nombre de la injusticia pasada.

La labor de Finkelkraut de desmitificación del judío imaginario comenzó hace 40 años con la publicación de *Le juif imaginaire* (1981), traducido y publicado ese mismo año por Anagrama, la editorial en la que ha aparecido toda su obra en español salvo este libro y *Nosotros los modernos*, publicados por ediciones Encuentro.

Finkelkraut está de acuerdo con Deleuze en negarse a interpretar el genocidio judío desde una perspectiva religiosa y mística empeñada en identificar el Holocausto con el Mal absoluto, pues, considera, la consecuencia es que ese mal se acaba volcando sobre otros inocentes. «Todo comienza en mística y termina en política», escribió su admirado Péguy sobre el caso Dreyfus. Si existe una posibilidad de detener ese mal, es a través de una perspectiva histórica.

La replicación y la perpetuación del mal fueron la preocupación de la tragedia griega y de Sócrates, que defendió con su vida que no hay que cometer injusticia bajo ninguna circunstancia, lo que negaba cualquier posibilidad de justificar la venganza e, implícitamente, definía la libertad no como el poder de ejercer violencia, sino como el poder de no ejercerla pudiendo hacerlo. Sobre violencia, víctimas y venganza, siempre hay que releer a Rafael Sánchez Ferlosio: «lo accidental, lo azaroso, es moralmente improductivo. La estructura es, a fin de cuentas, la de la venganza: sólo el daño recibido de otros hombres crea valor, porque la víctima se hace acreedora de retribución y se convalida, por tanto, como “de los buenos”. Sólo la culpa humana produce lo que podríamos llamar “víctimas morales”, porque son acreedoras de venganza». (*De la jara y otras hierbas*).

Siempre en primera persona, el resto de ensayos del libro tratan temas muy diversos. «Lo patético del amor» recuerda el contexto del 68 en el que escribió *El nuevo desorden amoroso*, una «crítica de Eros en nombre de Eros» (p. 14) en diálogo con Rousseau y Lévinas escrita junto con Pascal Bruckner. «Encuentros» revive su formación intelectual con Foucault, Kundera y Barthes, quien le enseñó que la literatura es «en sí misma su propio objeto», tiene un «carácter intransitivo» y su especificidad consiste «en encorvarse en un perpetuo retorno sobre uno mismo» para «expresar su propia forma» (p. 49). «Esta circularidad me subyugaba y, al mismo tiempo, me ahogaba» (p. 50), pero el oxígeno que le faltaba encerrado en ese círculo submarino le llegó de la mano de Kundera, quien, en la línea

de Flaubert y Proust, asignaba a la novela la función filosófica de la búsqueda de la verdad. «Ese encuentro cambió mi vida» (p. 48). Este texto da una idea de las raíces que alimentan a Finkelkraut y lo sostienen contra los ataques, destila el agradecimiento y el cariño de quien disfrutó de su formación y evidencia la pasión literaria del filósofo. No en vano el libro está dedicado a Milan Kundera.

En «El impacto Heidegger» y «El escándalo» Finkelkraut se sirve de *La pregunta por la técnica* y del concepto de *Gestell* para pensar tres cuestiones sin vínculo aparente: nuestra relación con la Tierra: «¿Qué es un suelo para la metafísica que nos gobierna? Una reserva de minerales. ¿Qué es un río? Un suministrador de presión hidráulica» (pp. 74-75); el aparente imperio del inglés: «No es el inglés el que, a pesar de las apariencias, extiende su imperio sobre las otras lenguas, es el *Gestell* el que mete en vereda todas las lenguas, incluida la de Shakespeare» (p. 77); y, de nuevo, la cuestión judía: «el espíritu judío se confunde con el espíritu de la técnica, el desarraigo de todo ente fuera del ser se carga en la cuenta de la *Weltjudentum*» (p. 89); los mercurianos, en terminología de Michel Serres en honor al dios mensajero, no conocen el arraigo, sino el movimiento, el desplazamiento constante, la vida de paso, la falta de anclaje, el nomadismo planetario. Pero en esta inercia Finkelkraut hace una afirmación cuanto menos matizable: «Se borran las fronteras, las naciones pierden sus lindes» (pp. 90-91).

El concepto de *Gestell* aún da para más. En *Amor mundi*, el último de los ensayos del libro, Finkelkraut analiza un fenómeno al que la filosofía ha tardado en prestar atención: el turismo. Si no la primera, una de las primeras en hacerlo fue Marina Garcés, quien lo incluyó entre las nuevas actividades extractivas capaces de transmutar ciudades como Barcelona en la marca Barcelona gracias a la alquimia del dinero. Finkelkraut describe el turismo contemporáneo como «abordaje y explotación de patrimonio natural y cultural» (p. 94), «invasión y saqueo (...) un bullicio que, dado que proporciona grandes

beneficios, no encuentra ningún obstáculo. La lógica de la rentabilidad, obliga» (p. 96). ¿Qué queda? «La creciente inhabilitabilidad del mundo» (p. 98). A este ensayo le falta la autocrítica del central: «Aunque reivindiques tu parte de sufrimiento, te das la gran vida».

En cualquier caso, se agradece el pensamiento tridimensional que nos libra del plano. La polémica que despierta su obra ensayística pone en evidencia que el sufrimiento provocado por la política antisemita del siglo pasado sigue vivo, y con él, también el antisemitismo.— HENAR LANZA GONZÁLEZ (lanzam@uninorte.edu.co)

BRONNER, G., *Apocalipsis Cognitivo: Cómo nos manipulan el cerebro en la era digital*. Barcelona: Paidós. Barcelona 2022, 310 págs.

El sociólogo francés logra exponer en su última obra —*best seller* en Francia—, a través de una lectura muy amena, un análisis exhaustivo sobre una cuestión de gran actualidad, el impacto social efectuado por los avances tecnológicos y en especial las redes sociales. En ella, a través de una vasta información aportada por los nuevos descubrimientos científicos acerca de cómo funciona nuestro cerebro respecto de la atención y ciertas características antropológicas que nos definen como especie, nos ofrece un estudio acerca de los motivos por los cuales se produce; así como las consecuencias que ocasiona la desregulación del mercado cognitivo en la que estamos inmersos —una preocupación que ya manifiesta en su libro «Déchéance de rationalité»—; presentando por último, algunas sugerencias a la hora de afrontar la problemática que esta situación suscita.

En el Prólogo, el autor plantea que la gran cantidad de información a la que estamos expuestos y la accesibilidad a las redes sociales, donde todos pueden dar su propia visión del mundo, ha suscitado lo que denomina la «desregulación del mercado cognitivo». Esta situación ha generado una gran competencia en el mercado de las ideas, donde el único objeto de éstas es captar nuestra atención, enfrentándonos a esta

pugna con un cerebro ancestral. Y si bien es cierto que hoy gozamos de un tiempo libre de cerebro sin precedentes a lo largo de nuestra historia como civilización, surge la incógnita acerca de cómo utilizaremos ese tiempo libre de cerebro.

A lo largo de los tres capítulos, Bronner sostiene que, en la historia de nuestra civilización, el principio de la racionalización del mundo hizo posible la liberación de un mayor tiempo de cerebro y esto coadyuvó a que la humanidad encontrara sus recursos, la creatividad, el arte, etc., permitiéndole mejorar el proceso de subsistencia. Con posterioridad, el avance del desarrollo tecnológico ha sustituido el trabajo físico y cada vez más, el trabajo intelectual, generando más disponibilidad mental. Según el autor, esta automatización de las tareas domésticas y laborales, podría hacernos más humanos ya que al tener más tiempo libre de cerebro podríamos utilizar nuestros recursos intelectuales, en pos del progreso de nuestra especie. No obstante, los datos nos demuestran que ese tiempo libre de cerebro es atraído, cada vez más y de una forma adictiva, por las pantallas (Tablet, Smartphone, TV, inmersión virtual, etc.). Ello no solo es preocupante respecto del contenido que proponen, sino porque esa demanda constante de atención nos absorbe, impidiendo los momentos de reposo mental que conducen al pensamiento reflexivo y en gran medida a desatar nuestra creatividad.

La desregulación del mercado nos revela la importancia que tienen las emociones como el miedo, el enfado, la sorpresa, la curiosidad, la generación de expectativas, etc., a la hora de captar nuestra atención, que somos competitivos, buscamos notoriedad, cómo nos influyen de las creencias, así como la utilización esta información por las redes sociales para obtener nuestra atención, en virtud de que ésta ha sido ligada al beneficio económico.

Esta revelación que nos exhibe la desregulación del mercado cognitivo dibuja la cara más irracional del ser humano, pero al mismo tiempo nos da una información muy valiosa al preguntarnos qué es lo que queremos potenciar de él.